

Lo que nos enseñan nuestros hijos

Bruno Ferrero

“Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de los que lo seguían y dijo: Les aseguro que si no cambian y vuelven a ser como niños, no entrarán en el Reino de Dios” (Mateo 18.3).



Frased severa, algo difícil de comprender, sobre todo por los que viven exasperados por su convivencia con pequeños tiranos, incluso familiares. Pero, ¿tienen de verdad los niños algo que enseñarnos?

Ser padre puede llegar a concebirse como una condena a la esclavitud y al nerviosismo o un viaje fabuloso que entusiasma. Lo que hace la diferencia es la disponibilidad para aprender. Ordinariamente los padres piensan que pueden enseñar a sus hijos, y está bien. Pero no estaría mal que de vez en cuando dialoguen sobre lo que pueden aprender de ellos.

No se es progenitor para dedicarse a una extenuante actividad de intervenciones permanentes. Ser padre es un camino espiritual que sugiere experiencias reveladoras, un poco a la vez, del sentido profundo de la vida. Y al recorrer este camino uno se encontrará, más veces de lo esperado, con manitas sucias que arruinaron la costosa prenda de vestir recibida en el último cumpleaños o que provocaron la rotura de un jarrón muy impor-

Ordinariamente los padres piensan que pueden enseñar a sus hijos, y está bien. Pero no estaría mal que de vez en cuando dialoguen sobre lo que pueden aprender de ellos.

tante en la historia familiar. Los padres han de comprender que los niños están más cercanos a la fuente de la vida y a ser personas de bien más que muchos mayores. Ser padres es asistir a una escuela en la que se aprende mucho más de lo que se puede enseñar, con la condición, naturalmente, de decidirse a aprender de los propios chicos. Si uno se lo propone le será fácil descubrir que contemplar al propio hijo es mejor que sentarse a mirar televisión. ¿Y qué pueden enseñarnos?

1. La atención

Los chicos se la pasan exclamando “¡mira, papá!” o preguntando “¿viste, mamá?”. Los chicos ansían la presencia de sus padres. No piden un simple “estar allí” sino una presencia que atienda con amor sin abrir juicios; una presencia amorosa que comprenda y anime, que dice con hechos que el hijo es importante. El chico comprenderá enseñada que esa presencia significa disponibilidad, que es como un decir: “Estoy aquí por tí”. Pero ha de ser una presencia que no invada ni dirija, que muestre que se está presente con gusto.

El trabajo nunca debe alejarnos de las personas, mucho menos si son de las que más amamos.

2. La transparente inocencia

Es como descubrir un tesoro de repente cuando se buscaba otra cosa. Decía un escritor: “Cuando niño, era inocente; cuando crecí, como todos, dejé de serlo para entregarme al mundo de los compromisos, de los cálculos, de las costumbres y de los estereotipos. Mi obrar se volvió gris... Ahora, cuando les

presto atención a mis hijos, ellos me llevan al cuarto de los tesoros, donde la culpa y la vergüenza no existen y todo es otra vez maravilla y atracción. Estos momentos son, para mí, regalos magníficos que me hacen mis hijos”.

En el mundo de los adultos hay demasiada ficción, conveniencias sociales y falsos compromisos.

Los niños ven las cosas como son.

Así es como son capaces de entrar a los gritos en una reunión importante... porque su padre está allí.

3. Crecen permanentemente

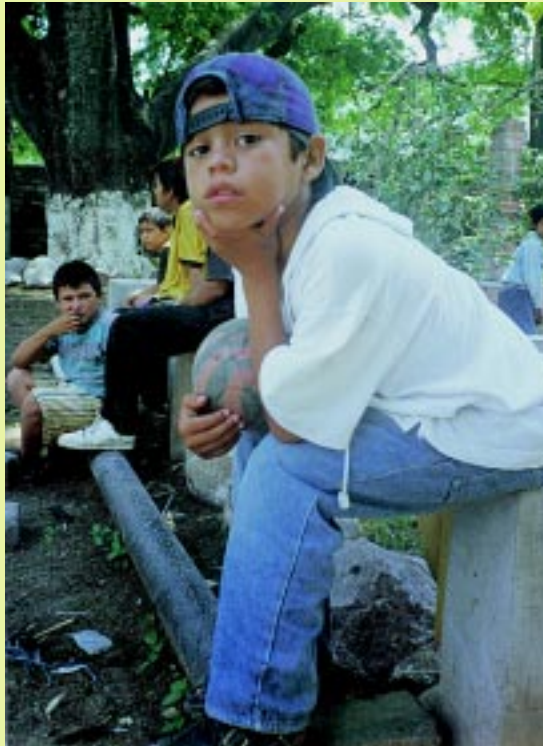
Los chicos empujan a sus padres a conocerse bien a fondo. Una madre joven confiaba: “Desde que llegó nuestra hijita funcionamos mejor como familia”. Es que ella, con su inocencia y espontaneidad, obligó a los padres a unirse más en el cariño y mutua comprensión sin que se lo propusieran. Además, a un marido o una esposa se les puede mentir con cierta esperanza de no ser descubiertos, pero mentir a un niño es fatal; tarde o temprano se dará cuenta de la falta de sinceridad.

Es que ellos aprenden por ósmosis y sus comportamientos son fiel reflejo de los de sus padres. Es difícil que un papá corrija las explosiones de enojo de su hijo cuando sus reacciones son “fotocopias” de las suyas. Los niños advierten las emociones con intensidad y mayor sensibilidad que los mayores... y las exteriorizan con absoluta espontaneidad. Su confianza en mamá y papá es total. Y esto provoca un notable crecimiento de los padres en responsabilidad y necesidad de un autocontrol, todo por amor a sus hijos. Hay más.

Cada día los niños ponen a sus padres ante opciones, desafíos, problemas y dificultades que provocan un crecimiento de sus personalidades; cada momento sus hijos los obligan a ser rápidos para entender y crear con inteligencia y corazón.

4. El respeto y la paciencia

Los hijos reales no son nunca como uno los ha soñado. Se rebelan a expectativas que limitan su crecimiento según las leyes internas de



su propio ser. Los niños tienen ritmo e inclinaciones propias y un proyecto interno que no detectan a su edad. Los adultos demasiadas veces exigimos cómo se debe ser y lo imponemos, hasta llegamos al absurdo de programar la vida de otros dictando condiciones y juzgando. La tendencia de manipular a los hijos suele convertir la vida familiar en una especie de obsesión. Todos conocemos a hijos para los cuales tocar el violín es una tortura, entrenar para un deporte un suplicio y aprender baile clásico casi

una condena a trabajos forzados. Empezando con buenos modales y algunas veces con abierta rebelión, exigen respeto a sus gustos y la aceptación de su persona.

5. El amor

Las criaturas son grandes provocadores de amor, de sus principales componentes (disponibilidad, confianza, aceptación, aprecio, entrega gratuita y capacidad para dramatizar), pasan por una amplia gama de manifestaciones exteriores (sonrisas, abrazos, jueguitos de manos y otros mimos...). Ellos ciertamente influyen sobre las relaciones de pareja: quieren que sus padres se amen, que se den señales inequívocas de ese amor... porque necesitan y sienten el tipo de relación que tienen sus padres, aunque no sepan explicarlo. Si esta relación mutua entre padres no funciona, ese mal circulará por el organismo de los niños y los llenará de ansiedades e incertidumbres.

6. La felicidad y la gratitud por la vida

Los hijos son la inversión más importante para la realización personal y la felicidad de un matrimonio. Es una tarea, a veces pesada, pero también una bendición. La vida con los hijos puede llegar a ser cansadora, es cierto,

... pero qué profunda felicidad –imposible de explicar en profundidad– puede generar unas manitas que abrazan las piernas de mamá y papá, confiando plenamente en ellos! ... Esa felicidad no se compra ...